

su sueño estuviese rota ó destrozada, la tierra sería, no lo dudemos, mas frecuentemente castigada á causa de los crímenes que la manchan. Si, si el Eterno fija todavía sus miradas sobre nosotros; si reparte aún sus favores sobre el mundo, son las plegarias y los gemidos secretos de tantos justos, piadosamente prosternados ante nuestros tabernáculos, quienes las atraen. Son ellos los que componen esta parte pura de la Iglesia, que no tiene otra voz para solicitar, que aquella de Jesucristo, y de quienes los clamores tienen siempre acceso cerca del Padre. Allí está esa paloma que gime sin cesar, y que nunca gime en vano. Es á las plegarias. Es á las plegarias de los verdaderos amigos de Dios, á quienes los siglos deben los príncipes religiosos, los pastores fieles, la paz de la Iglesia, las victorias de la fé; esos hombres célebres por sus luces, que Dios hace salir en las necesidades de su Iglesia, para oponerse á los desmanes del error, á la relajacion de las costumbres, á las debilidades de la disciplina. ¿Qué mas diré? A estas gentes honradas, es á las que el mundo debe sus inesperados recursos en las calamidades públicas: la tranquilidad de los pueblos, la dicha de los siglos viene toda de allí; porque todo se hace por los elejidos. Nosotros honramos, porque no juzgamos mas que por los sentidos á la sabiduría de los soberanos, al poder ó á la habilidad de aquellos que nos gobiernan; pero si analizásemos el éxito de los sucesos, por sus causas, encontraríamos en los gemidos secretos de los justos, en las plegarias de una alma simple y oscura muchas veces, oculta á las miradas de los hombres, que deciden mucho mas con Dios de los acontecimientos públicos, que los césares y sus ministros colocados á la cabeza de los negocios, y que parecen tener entre sus manos los destinos de los pueblos y de los imperios [1].”

Esto que decia á nuestros padres el elocuente obispo de Clermont, no ha cambiado: siempre los crímenes, las expiaciones siempre; los pecadores siempre insultando á Dios, y siempre los justos implorando su misericordia. Y el mundo, ese gran criminal, tan ingrato como ciego, tiene siempre sus burlas y sus sarcasmos contra *esas almas devotas*, y pregunta, ¿qué hacen tanto tiempo al pié de los altares....? ¿Qué hacen? Ellas arrancan la gracia al Señor: vuestras impiedades, vuestros desarreglos, vuestras blasfemias llegan hasta su trono; han encendido su cólera, su justicia se ha levantado.... ella quiere herir.... y si su brazo se ha sujetado, no ha sido mas que por la plegaria, por los ayunos, por las maceraciones y los martirios de los justos, que desde lo alto de vuestro estúpido orgullo mirais con desden.

(1) Massillon. Sermon, sobre la mezcla de los buenos.

Jamas entro en una iglesia cuando ya han terminado los oficios y que solo se aperciben en la casa de Dios algunos cristianos que se quedan á orar en el silencio y el recojimiento, sin que me venga este pensamiento y me diga á mí mismo: “Entre estos fieles, hay sin duda alguna alma bien pura, bien amante, que la fé, la esperanza, y la caridad, la tienen de tal modo aproximada á Dios, que su voz ha de ser para con él muy poderosa.”

El anciano mendigo, prosternado sobre las baldosas, juntas las manos, clavadas sus miradas en la Cruz, en su adoracion estática, puede ser que obtenga en este momento el perdon de un malvado rico que le ha negado la limosna: y esta simple y pobre muger, de rodillas ante la santa imájen de la Madre del Salvador, puede ser que en este mismo instante aparte, por su humilde súplica, el inminente peligro que amenace una cabeza ilustre y querida!..... Y no se diga que yo exajero aquí el poder de la oracion. ¿Aquella niña, que guardaba sus carneros en los alrededores de Nanterre, y que cantaba las alabanzas y las misericordias del Señor, hilando su rueca, cómo pudo con solo su cayado hacer retroceder en su camino al feroz Atila, el ejecutor de las venganzas divinas? Todo el poder de Genoveva estaba en su *aproximacion á Dios*: ¿y quién la habia puesto en tan íntimo contacto con el Soberano Señor de todas las cosas? La plegaria.

¿Y esta otra vírgen, inspirada de lo alto, en dónde ha encontrado todo su valor? En la oracion. Cuando iba á los campos, cuando estaba allí sola los dias enteros, “oia unas voces”.... Estas voces las oyen frecuentemente los que ruegan; y frecuentemente hay como un diálogo entre la criatura que ruega y el Criador que escucha. Para las almas piadosas y creyentes, Dios no está siempre mudo; del fondo del tabernáculo responde á aquel que le implora:

“Mas allá de todos los cielos,

“El Dios de los cielos reside.”

Este pensamiento tiene en su majestad algo de pavoroso para el hombre simple.... Teme que su plegaria, que su fervor para con el Señor no se pierda en los espacios infinitos que separan el cielo de la tierra. No ve, como Jacob, la escala maravillosa, ligando junto al valle de lágrimas la mansion de los bienaventurados. Si ignora como se establece esta comunicacion, sabe sin embargo el camino de la iglesia donde ha sido bautizado, donde ha hecho su primera comunión, y es allí donde corre en cuanto se siente acometido por algun pesar, ó cuando una in-

quietud lo atormenta; su fé le enseña, que encontrará un Divino Consolador en el tabernáculo, y es al Dios de la Eucaristía á quien vá á esponer su miseria, confiar su cuita y pedir el socorro.

Nada ha podido establecer Nuestro Señor Jesus tan consolador, tan adorable para nuestra dicha en este mundo, y nuestra felicidad eterna en el otro, como el Santísimo Sacramento del altar.

La Eucaristía es para nuestra perfeccion la mas santa de toda las cosas celestes, la mas eficaz y que nos ayuda mas á despojarnos de la corrupcion del pecado, y vestirnos la ropa de la inocencia, que nos hará quedar sin mancha para ser admitidos en las bodas eternas del Cordero.

Nuestros antecesores en la tierra, y que al presente son nuestros patronos y protectores en el reino de Dios, nos enseñan que es el culto que han tributado siempre á la muy Santa Eucaristía, el que les ha hecho lo que son ahora, y es, despues de haber adorado sincera y piadosamente al Dios velado bajo las especies de pan y vino, que han sido admitidos á contemplar por toda la eternidad al Señor de los señores, al Rey de los reyes, al Todopoderoso. Al muy alto Jehová, creador de los mundos, Sabahoth, el Dios de los ejércitos, en toda la brillantez de su majestad, en todo el aparato de su indestructible gloria.

Santa Catalina de Sena decia frecuentemente á las piadosas mugeres que vivian con ella: "Cuando he recibido, cuando tengo en mi pecho el pan de los ángeles, siento en mí unas llamas que me purifican de tal modo, que me creo vuelta á la inocencia de cuando tenia cuatro años y me encuentro entonces poseida de un deseo tan ardiente por la salud de los hombres, que daria mi vida, no solo voluntaria, sino alegremente por cada uno de ellos."

San Ignacio escribia á los romanos: "yo no tengo apetito por el alimento corruptible; de lo que tengo hambre es del pan de Dios: de lo que tengo sed es de la sangre de Jesucristo, bebida divina que da la vida eterna."

La Eucaristía es una fuente donde se bebe, por decirlo así, el valor y la fuerza. Ella era en los primeros tiempos el preludio del martirio: en el momento en que el furor del tirano se habia declarado, y que comenzaba á levantarse la persecucion, todos los fieles corrian á fortalecerse con el pan de la vida; llevaban este caro depósito á sus casas: la muerte les parecia menos terrible, luego que tenian ante sus ojos, la prenda preciosa de su inmortalidad.

Nuestros tabernáculos encierran en un "oculto maná, un verdadero "alimento de los fuertes, una prenda sensible y permanente del amor de "Jesucristo," ¿De cuántos respetos, de cuántas adoraciones no debemos

cercarlo? En los tiempos de la fé nuestros padres empleaban todo lo que tenian de mas precioso sobre la tierra, para hacer al Dios del cielo su morada acá abajo: las maderas mas olorosas, el mármol mas raro, la plata mas fina, el oro mas puro, eran los que se ofrecian á aquel que nos lo dá todo: como Salomon cuando elevó el templo al verdadero Dios, así nuestros antecesores, pedian á la naturaleza entera todo lo que ella tenia de mas bello para rendirlo al Criador. ; Oh, si nuestra fé se calculara por el celo que mostramos al presente al adornar la casa del Señor, se tendria por bien débil y lánguida! ; Cómo contamos, cómo escatimamos cuando se trata de elevar un altar á Jesucristo; y cómo para escusar nuestra avaricia á su vista, sabemos evocar hábilmente el recuerdo del "establo de Bethleém!" ; Cómo nos apresuramos á recordar que el Divino Hijo de María, es el Dios de los pobres, y "durante su paso "sobre la tierra estuvo lleno de pobreza!" Entonces, no le damos los otros títulos que le pertenecen; no le saludamos con los nombres de "Emmanuel, Hijo muy amado del Todopoderoso, rey de los siglos y de los "cielos, Señor soberano de los Tronos y Dominaciones, de las Potestades y Virtudes, de los Angeles y de los Arcángeles." No, buscamos los apelativos menos magníficos, como para obligarnos menos con él; queremos decir mejor: "el hijo adoptivo del carpintero José," que "el descendiente del rey David" ; tanto pavor tenemos de estar obligados á ningun lujo, á ninguna suntuosidad, cuando le disponemos un tabernáculo! Guardamos el lujo para nuestras casas, y decimos en alta voz: "que para las casas de Dios no se necesita mas, que limpieza, sencillez y decencia." Estas tres palabras, aplicadas á las iglesias, se han empleado por la tibieza, y por una fé desfallecida. La fé sincera, viva y eficaz, quiere mucho mas que aquello. No hay fé en Dios sin amor de Dios, y no hay amor de Dios con tanta frialdad.

Si creéis sinceramente y desde el fondo de vuestra alma; si con los ojos de vuestra fé veis á Nuestro Señor Jesucristo en el sacramento del altar, como veis con los ojos de vuestro cuerpo el sol que os calienta y alumbrá; si estais convencido de esta realidad hasta sellar vuestra creencia con vuestra sangre; si amais el Dios que ha venido como hermano y consolador á habitar cerca de vos, no sereis frio ni apático para con él! el amor dá mas, y la fé calcula menos.

Si esto es por la sabiduría de "contar así con Dios," que nos da todo tan liberalmente, yo me congratulo de que nuestros padres hayan sido tan poco sabios, porque su locura, la "locura de la Cruz," les ha hecho enriquecer el mundo cristiano de maravillas que la sabiduría de nuestros dias no se ha atrevido jamas á producir. Vamos, pues, á prosternarnos

bajo las bóvedas santas que ellos elevaron y consagraron al Rey del cielo y de la tierra, al monarca de los ángeles y de los hombres, y á la Virgen, consoladora de aflijidos, refugio de pecadores; arrodillémonos pues, sobre las baldosas que cubren los huesos de nuestros padres, y que nuestro ruego se exhale enfrente de los tabernáculos de donde les vinieron durante su peregrinacion los socorros y los consuelos. Siempre es el mismo Dios el que allí reside, y los tesoros de su misericordia no se agotan jamas.

El hombre oprimido por las pasiones, no podria respirar sin la plegaria. Que venga, pues, frecuentemente cerca del manantial de aguas vivas; su alma encontrará allí la frescura y el alivio; y allí, abriendo sin reserva su corazon á aquel que lo ha amasado y formado, obtendrá del Divino Consolador las gracias y socorros de que tiene necesidad para vencer sus malos pensamientos.

Para atraer á la religion á aquellos, que durante mucho tiempo han abandonado las prácticas y los deberes, los pastores de las almas han establecido piadosos medios, á los cuales han recurrido de tiempo en tiempo: las "misiones, los retiros, los ayunos, las penitencias, las rogativas públicas, las peregrinaciones y los jubileos." Sin duda todas estas cosas santas, operan conversiones sinceras y brillantes; pero estad, persuadidos, de que nada ayuda tanto á mantenernos en el camino de la perfeccion cristiana, como las visitas al Santísimo Sacramento. Así, en todo país católico, cuando paseais las villas y los campos, sea por un objeto artístico ó cristiano por el que piseis el umbral de una iglesia, encontrareis siempre algunas almas que reposan orando. En muchas parroquias hay establecida una adoracion perpetua, y estas feligresías son mas bendecidas que las otras; el rocío cae allí mejor, las estaciones son mas fértiles, los sudores del aldeano mejor recompensados, la familia mas feliz, la paz menos turbada, la juventud mas dócil, la infancia mas pura, y el párroco mas recompensado de su vijilancia y de su celo.

Cuando se reflexiona en ello, se ve que no puede ser de otro modo, porque cuando el hombre aspira á Dios, Dios le inspira, y aquel á quien ilumina el Espíritu Santo, marcha por buen camino; los perversos se vuelven menos malos aproximándose á los justos: ¿qué no será cuando vienen á refugiarse cerca del mismo Dios, y orar en la paz deleitosa que reina al rededor de los santos tabernáculos? Las luces, los relicarios, los cálices de oro y plata sirviendo á los misterios sagrados que pertenecen á los altares, se llenan del perfume del incienso que allí se quema. Lo mismo es en nuestras almas; toman el olor de santidad en el Santo de los santos.

¡Oh! que sea siempre el santuario inspirador de la piedad! Que el

sacerdote que le sirve no se *familiarice* jamas tanto con el Dios que allí reina, para faltar al respeto, á la adoracion que le son debidos! Cuando la plata y el oro no brillan allí, cuando la magnificencia no reina, cuando el arte no haya venido á embellecerle con sus maravillas, que á lo menos el órden, el cuidado, el aseó, revelen allí la fé, y reemplacen la pompa y la brillantez... por mas que el cura pueda ser pobre, siempre tendrá algunas flores en su jardin: que sean arrancadas para colocarse en ramilletes sobre el altar del Dios que las ha hecho nacer y colorar. Que el mantel de fino lino, obra de las hilanderas de la feligresía, esté siempre blanco y sin mancha, como el vellon del cordero. Es el Dios de toda pureza el que debe ser allí colocado como víctima propiciatoria; que no encuentre jamas la vista el menor lunar; que la luz de los cirios sea viva y clara como la fé que jamas duerme; que la lámpara suspendida enfrente del Dios de luz, resplandezca por la diligencia y aseó, y que su llama, que no debe estenderse mas que nuestro amor, brille de día y de noche, como la estrella del santuario, como la estrella que enseña donde está Dios.

¡Oh! cuántas veces me he visto arrastrado á envidiar la suerte de esta pequeña llama, que una mano pura debe diariamente alimentar con aceite fresco y limpio! llama, que jamas ajitan los vientos desencadenados en el mundo; llama que arde ante Dios, y que se apaga en su presencia sin dejar tras sí una mancha en el lugar en que ha brillado! Entre las suaves delicias de un santuario apartado, es preciso contar el silencio que al mismo tiempo domina el oido y el espíritu, y que por su calma hace brotar el fervor y enciende el entusiasmo religioso. En la completa ausencia de todo ruido en derredor nuestro, el alma está llena de contento; librada entonces de las distracciones mundanas que la molestan, se siente como si tuviera alas para elevarse hasta Dios.

Hijo de la nueva tribu de Leví, vos, que habeis jurado vuestra fé á vuestra iglesia como á una esposa, alejad, pues, del santuario todo lo que es ruidoso y vocinglero; que los jóvenes que presenten al altar el vino del sacrificio y el incienso que debe arder mientras las santas ceremonias, bien enseñados por vos, no lleven nada del aturdimiento y la vivacidad de sus cortos años; que su partida sea propia y decente, su apostura tranquila y respetuosa. Cuando balancen ante el altar la urna flotante de los perfumes, velad para que el incensario no este vacío y frio como un corazon sin amor; que el fuego brille para recibir y quemar el incienso que allí arrojaís, á fin de que su humo y su buen olor lleguen con nuestras plegarias, hasta el Dios del tabernáculo (1).

(1) En el dia, en la mayor parte de los santuarios de Paris se ahorra el incien-

Las pasiones se han apoderado de las bellas artes. Es necesario restituir las á su verdadero origen. Que las estatuas de los ángeles y de los santos, situadas bajo la bóveda salpicada de estrellas y siempre cerca del altar, sean de naturaleza que puedan inspirar buenos pensamientos. Están allí para arrastrar nuestro espíritu á cosas santas; haced de manera, que no produzcan un efecto del todo contrario.

Si es preciso repetirlo, en el día, los hombres encargados de velar en la construcción, la conservación, y administración de las iglesias, deben penetrarse más y más del verdadero espíritu católico. Fuera del espíritu católico, no hay iglesia según el corazón de Dios; hay en este momento alguna cosa extraña que pasa en el mundo y que es preciso aprovechar. Al fin del décimo octavo siglo, el filosofismo alzaba desdenosamente las espaldas, cuando veía poner la primera piedra de una iglesia. En su irónico orgullo, iba repitiendo: “¿á qué fin construir un templo cristiano? Ha pasado su tiempo al cristianismo; ya comienza el de la razón.....” “En aquellos días, se decía aún: ¿para qué elevar iglesias á Dios? ¿El universo no es el más bello de los templos? Es, bajo la bóveda del firmamento, y no bajo una bóveda de piedras, donde debe ser adorado; no en un estrecho cercado, sino en presencia del infinito, donde se debe uno prosternar.”

En nuestra época, se habla y se piensa mejor: la experiencia es un gran maestro. Después de medio siglo, la Francia y la Europa han visto los volterianos y los racionalistas á la cabeza, y saben ya á que atenerse sobre sus bellos sistemas. Los reyes y los pueblos han gustado cuanto tienen de amargura, de falsías y desgracias, bajo sus bellas máximas y sus sonoras palabras; el mundo ha llorado y se ha ensangrentado tanto, que retorna á la fé; y al presente, por todas partes se piden, se engrandecen, se restauran y se edifican las iglesias.

Que aquellas que se han construido, sean lo que deben ser, *casa de piedad y de recojimiento*, y no vastas salas sin bajos costados, sin bóvedas, sin capillas, recordando las grutas de los ermitaños, sin retiros desviados para el exámen, la confesión y el arrepentimiento; salas muy mundanas,

so, y no hay humo casi nunca. Los turiferarios, agitan ante el altar los incensarios sin fuego y sin perfume. Estos jóvenes coristas, muestran en sus evoluciones, en sus genuflexiones, en el lanzar ó balancear de sus copas flotantes el conjunto de la habilidad; pero con todo eso, ni la menor nube de humo, ni el menor perfume se eleva, y este *olor del paraíso*, que era otras veces permanente en nuestras iglesias, no se encuentra ya..... Los ornamentos de los sacerdotes, las albas, las casacas, las dalmáticas, las capas, son mucho más bellas y ricas que hace medio siglo, pero en cambio los perfumes benditos que Dios aprecia y ordena, son muy economizados.

donde la luz penetra por todas partes para refractarse sobre el oro y el mármol, y procurar mil distracciones.

Lo que interesaba sobre todo á los primeros cristianos, era, al tener el Señor Jesús en medio de ellos, hacerle residir como un huésped divino, como un poderoso protector en su familia y bajo su techo. San Clemente de Alejandría y Tertuliano, nos refieren que en las asambleas de los fieles, luego que el sacrificio estaba terminado, era permitido á cada uno llevar consigo un pedazo del pan eucarístico.

Encontramos ejemplos de esta costumbre en los actos de Santa Judis y Santa Doursa, en Surius, y en los actos de Santa Eudoxia: los anacoretas, los ermitaños, llevaban á su soledad la Eucaristía, bajo la especie de pan, para alimentarse á medida que el tiempo transcurría; la guardaban respetuosamente en relicarios de madera.

“Era, dice el autor de la historia de los sacramentos (1), sobre todo á la proximidad de la persecución, cuando se hacía provisión de este alimento sagrado; porque buscando los emenigos del cristianismo, antes que todos, á los pastores, á quienes solo pertenecía consagrar, sospechaban los fieles con razón que serían privados de este alimento celeste, y en esta creencia lo llevaban con veneración á sus casas, á fin de fortificarse cada día recibéndolo, y de prepararse así al combate.

“Otra razón de esta costumbre era, que en otro tiempo había ciudades donde no se celebraba más que una misa, á la cual no podían asistir todos los cristianos, y era una obligación llevar la Eucaristía á los ausentes.”

Un joven acólito, de quien he leído la dichosa muerte en el martirologio, y cuyo nombre, inscrito en los anales del cielo, lo he olvidado hoy, en lo más fuerte de una cruel persecución, había tenido el encargo, por su pastor, de llevar el pan que dá la vida eterna á un santo anacoreta agonizante. Lleno de celo y de valor, se pone el acólito en camino, encerrando sobre su pecho el Dios velado.

En el camino le encontraron los paganos, lo prenden y le mandan entregar todo lo que traía sobre sí.

—Yo no tengo nada que entregaros, respondió el joven.

—Tú llevas lo que llamas *tu Dios*, gritaron los idólatras blandiendo el palo sobre su cabeza.

—Nada tengo que entregaros, repitió el cristiano; y desasiéndose de las garras de uno de ellos, quiso pasar adelante.... Pero en este momento, una granizada de golpes cayó sobre él, y el pobre joven, magu-

(1) P. Chardon, pág. 156.